

A mediados del siglo diecinueve el sistema de la esclavitud llega a su fin en las colonias inglesas²⁵. Poco a poco la emancipación cede el paso a cambios estructurales que han de caracterizar en definitiva estas sociedades coloniales y trazar su desarrollo en el futuro.

Son precisamente los cambios que se producen a raíz de la emancipación los que servirán de tema a gran parte de la literatura que surgiría de aquéllas casi un siglo más tarde. Los «cambios» en cuestión no son otros que la creación de una clase campesina de pequeños terratenientes (con las consiguientes luchas por la adquisición de tierras) y la evolución de sociedades multirraciales derivadas, en su mayoría, de la masiva inmigración asiática que tuviera lugar durante la segunda mitad del siglo diecinueve.

En el Caribe inglés, la emancipación se adelanta casi un siglo a la independencia política. Durante el prolongado período posterior a la emancipación, se emprenden cambios en el orden de las relaciones sociales y económicas que demorarían decenas de años en madurar antes de fundirse en una conciencia nacional en creciente desarrollo, que no asomaría hasta bien avanzado el siglo veinte. Por lo tanto, no se puede realmente hablar de la existencia de una extensa conciencia nacionalista en el Caribe anglo-parlante hasta después de la erupción de los conflictos que condujeran a la independencia política en la década de los cincuenta y de los sesenta.

La participación popular en el gobierno de la sociedad, en un nivel efectivo, es imprescindible si ha de desecharse la parálisis colonial. En el Caribe inglés, donde la falta inicial de una sociedad de colonos y la repetida incidencia de absentismo obstruyeran el desarrollo de la conciencia nacional y de una intelectualidad local, el concepto

de este período no tiene importancia alguna. Véanse MICHEL GILKES, *The West Indian Novel* (Boston, 1981), KENNETH RAMCHAND, *The West Indian Novel and Its Background* (Londres, 1970), GORDON LEWIS, *Main Currents in Caribbean Thought*, pp. 321-322. Al comparar la literatura de Cuba y la de Jamaica durante el siglo diecinueve, Ileana Rodríguez observa, «El hecho que las obligaciones de los plantadores de Jamaica yacían últimamente con el aparato de estado del poder colonial (aún cuando éste fuera en alguna forma perjudicial para los intereses económicos de Jamaica), se refleja en las formas narrativas que escogieran espontáneamente sus... escritores. Estos diarios de viajes ponen de manifiesto una relación turística, externa, para con la realidad de Jamaica; los diarios demuestran un interés un tanto más profundo y «residencial», e incluso expresan una cierta identificación de intereses y una cierta... participación, siempre dentro de los confines de clase, en el proceso interno de Jamaica. Pero aun el diario tiene la forma de un sujeto que observa un objeto externo a él. Las novelas revelan un compromiso aún mayor ya que, al menos en la forma, el sujeto y el objeto habitan el mismo mundo. Mientras que las novelas de Jamaica se muestran poco dispuestas a alterar su posición en lo que toca a cuestiones tan centrales como el mercantilismo británico, la autonomía nacional y la esclavitud, las novelas cubanas revelan un espíritu mínimo de reforma y prestan mucha atención al asunto del abolicionismo y de la independencia —de modo que, me atrevería a sugerir, el mero hecho que la novela se revelara la forma narrativa central y suprema deja de manifiesto las raíces más profundas de la aristocracia del azúcar de Cuba en la vida autónoma cubana». *Process of Unity in Caribbean Society*, p. 87.

²⁵ A excepción de Haití, la disolución de los sistemas de esclavitud siguió el mismo orden en que fueran establecidos: Inglaterra primero, seguida de Francia, Dinamarca, Holanda y, por último, España. Los ingleses dieron término oficial a la esclavitud en 1838; los franceses y daneses en 1848; los holandeses en 1863. La emancipación tuvo lugar en Puerto Rico en 1873 y en Cuba —último reducto de la esclavitud— en 1886. Esta secuencia refleja la cumbre y el ocaso de los distintos centros de sociedades latifundistas del Caribe durante el siglo dieciocho y el diecinueve.

de «nación» no arraigará sino hasta la participación pública en masa en los conflictos sindicalistas de los años treinta y cuarenta, que culminarían en el nacimiento de nuevos estados soberanos en el Caribe.

A diferencia del Caribe hispano, donde la novela de protesta en contra de la esclavitud surge al tiempo que ésta existía, en las colonias británicas la expresión e interpretación novelesca de la esclavitud y de la emancipación no apuntan hasta cerca de cien años después de la fecha misma de la liberación de los esclavos.

En resumen, se concede a la vida forma de literatura, mas la literatura surge sólo cuando los otrora *objetos* de la emancipación del siglo diecinueve se ven convertidos en los *sujetos*, los protagonistas, de la historia y la política del siglo veinte.

Los autores del torrente de novelas que desborda el Caribe de habla inglesa en los años cincuenta²⁶, sin excepción, han tomado parte en el proceso de forjación de la conciencia nacional en Jamaica, Guiana, Barbados, Trinidad. Roger Mais, George Lamming, Edgar Mittelholzer, Samuel Selvon, Vic Reid —promotores literarios del nuevo nacionalismo— se entregan al estudio y descripción de puntos claves en la historia del desarrollo político y cultural de sus islas, en un esfuerzo por comprender el presente y hacer frente al futuro.

En el anglo-Caribe, la emancipación precede casi un siglo a la participación pública en los conflictos nacionalistas. En Cuba, la emancipación (en 1886) sirve para unificar a los habitantes de la isla en preparación para la ulterior victoria sobre España (1898).

En Haití, grandes cantidades de esclavos luchan por la independencia política (1791-1804) a fin de conseguir la emancipación. En una serie de batallas durante más de una década, los esclavos de Saint Domingue derrotan a la población local de blancos y resisten dos invasiones francesas, una española, y una expedición británica, para establecer el «Estado Negro de Haití». La independencia política se definía y se entendía en función de la victoria de los negros sobre los blancos y los mulatos. La definición constitucional de nación de 1804 en términos de raza y de color llegaría a constituir una de las características más salientes del desarrollo de la cultura haitiana.

Independiente desde 1804, y víctima de la pobreza y el aislamiento provocados por los boicoteos internacionales de comercio impuestos después de la revolución, Haití poseía pocos de los requisitos favorables para el desarrollo de una intelectualidad nacionalista. La gran mayoría de los ciudadanos seguían pobres y faltos de educación; los intelectuales, una minoría aislada, solían volverse únicamente hacia Francia en pos de inspiración literaria. «Hasta tal extremo, que incluso llegamos a imaginar que éramos franceses «de color», olvidamos ser haitianos, es decir, gentes nacidas dentro de un contexto histórico determinado», aclararía Jean Price-Mars en 1928²⁷.

²⁶ Según Ramchand, unas cincuenta y cinco novelas son publicadas entre 1949 y 1959 por veinte autores diferentes. Véase *West Indian Novel and Its Background*, p. 63.

²⁷ Prólogo a *Ainsi parla l'oncle* (edición en español, La Habana, 1968), p. xxxv. Price-Mars, antropólogo, diplomático, escritor, fue el intelectual más influyente de Haití en las primeras décadas del siglo veinte. Diplomado en medicina, sus mayores contribuciones habrían de tener lugar, por último en el terreno de la etnología. Falleció en 1970.

En las décadas posteriores a la revolución brota la literatura patriótica: odas, elegías, himnos. El ensayo, los escritos históricos y la epístola, abundan durante la segunda mitad del siglo, y es precisamente la obra de algunos de estos teóricos e historiadores en las últimas décadas del siglo diecinueve la que servirá de aliciente para la reevaluación de la historia de Haití y de la cultura negra que culminaría en el nacimiento de la novela haitiana: las obras de Fernand Hibbert, Frédéric Marcelin y Justice Lhérisson, que aparecen entre 1900 y 1920.

Apodados «La Generación de *La Ronde*»²⁸, este prolífico grupo de escritores marcaría un cambio decisivo en la vida cultural de Haití. Influidos por el ensayo *De l'égalité des races humaines* (1885), de Anténor Firmin, que abogaba por que se reconociera el alto grado de civilización del pasado de los africanos, y la consiguiente importancia de Haití por virtud de ser el principal perpetuador de esta misma civilización en el Nuevo Mundo, Hibbert, Marcelin y Lhérisson escriben el primer grupo de novelas en encarar la realidad haitiana²⁹. En ciertos sentidos son estos escritores quienes echan los cimientos del movimiento de «Negritud» que florecería a continuación por todo el Caribe, y más allá aún. Son ellos, también los precursores de la Escuela Indigenista haitiana de los años treinta y cuarenta, quienes, bajo el liderazgo de Jean Price-Mars y del más grande novelista haitiano, Jacques Roumain³⁰, llevarían la literatura haitiana a su plenitud.

Las condiciones de la floreciente economía latifundista de Haití a fines del siglo dieciocho conducen a la revolución y a la independencia política. El nacionalismo, sin embargo, tarda en manifestarse. Desde un comienzo, el concepto de nación haitiano se ve inextricablemente unido a cuestiones de color y de raza. A ojos del mundo, y de muchos haitianos, la primera revolución que triunfara en el Caribe representaba la victoria del «negro» sobre el «blanco»; sólo que ser negro era «malo» y blanco «bueno». Por lo que no sorprende comprobar que mientras no resonara el clamor por la igualdad racial y el orgullo propio proveniente de Haití en las obras de Firmin, Hannibal Price³¹ y otros, se haya quedado estancado el desarrollo del orgullo nacional y de la literatura indígena. El interés por las costumbres locales y la preferencia por tradiciones más bien relacionadas con Africa que con Francia, evidentes en las novelas de Marcelin, Hibbert y Lhérisson, marcan una nueva etapa en el desarrollo de la conciencia nacional haitiana.

Únicamente en el Caribe hispano —más específicamente en Cuba— sucede que una economía próspera basada en los latifundios (plantaciones) no consigue sofocar el

²⁸ *La Ronde* (fundada en 1898), formaba parte de una serie de revistas literarias fundadas sucesivamente durante los primeros años del siglo veinte, que servían de foco a la vida intelectual de la isla. *La Ronde* se esmeraba en publicar autores que distinguían sus obras con un «cachet vraiment national».

²⁹ Este cuerpo de literatura es mayormente desconocido fuera de Haití. Véanse, por ejemplo, *Thémistocle-Epaminondas Labasterre* (1901) y *La confession de Bazoutte* (1909), por MARCELIN.; *La famille des Pitte-Caille* (1905) y *Zoune chez sa Ninnaine* (1906), por LHERISSON, como también *Sena* (1905), *Les Thazard* (1907), y *Romulus* (1908), por HIBBERT. Para un estudio detallado de la novela haitiana, véase LEON-FRAN OIS HOFFMAN, *Le Roman haïtien - Idéologie et Structure* (Sherbrooke, Québec, 1982).

³⁰ Su novela más conocida es *Gouverneurs de la Rosée* (1944).

³¹ *De la réhabilitation de la race noire par la République d'Haiti* (Puerto Príncipe, 1900).



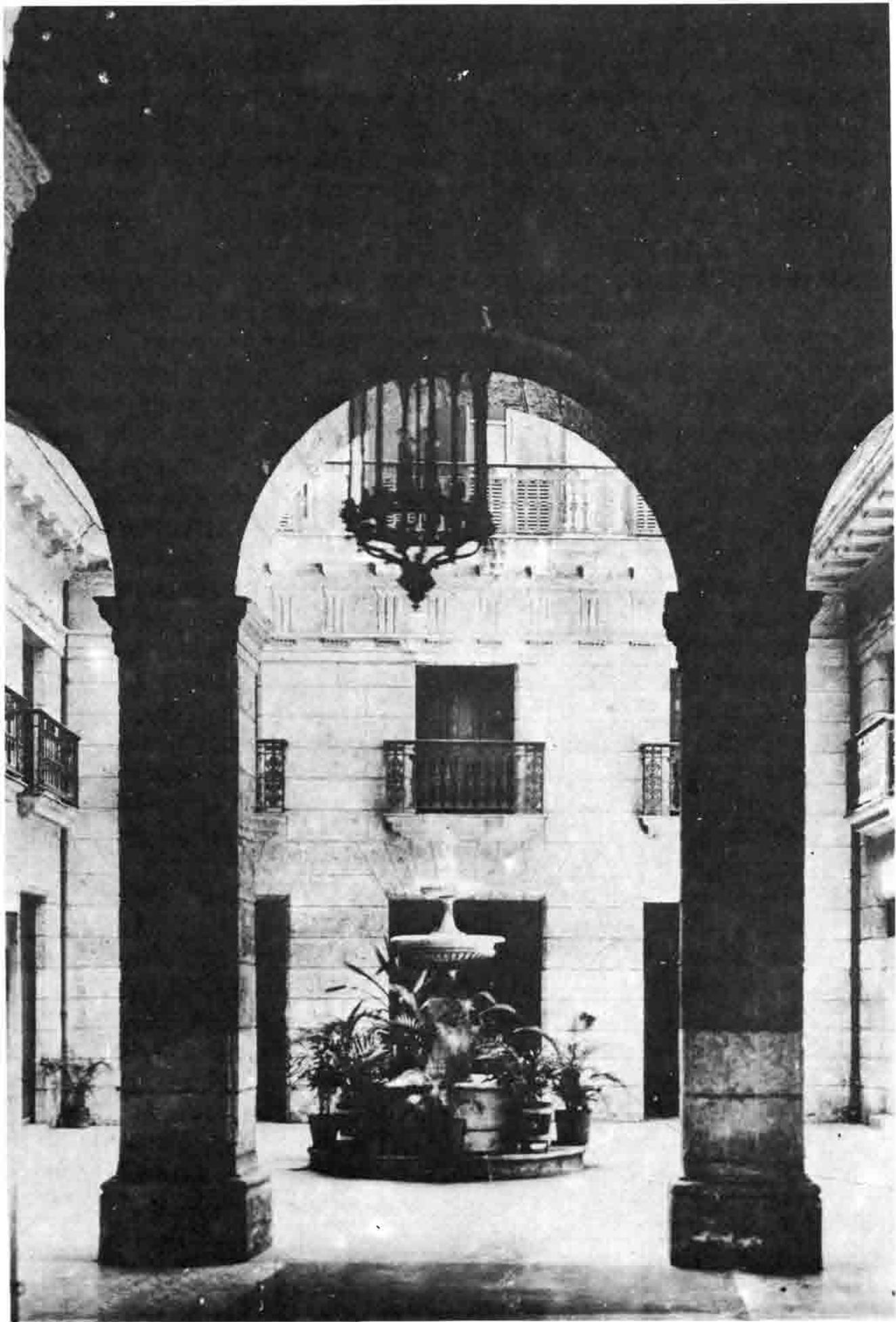
Santo Domingo en la época de su fundación

desarrollo cultural y, por el contrario, logra desencadenar una reacción literaria tal en contra de la esclavitud, que deja de manifiesto la presencia de una conciencia nacional relativamete avanzada.

El hecho que semejante percepción del concepto de nación se desarrollara precisamente en Cuba, se debe más que nada a la economía basada en la esclavitud floreciese allí aproximadamente un siglo después que en las colonias británicas y francesas. Para cuando Cuba llega a encabezar la producción del azúcar en el Caribe, ya existe un sector de la población que se considera a sí mismo propiamente cubano. No se trataba de esclavos ni de colonizadores europeos; eran criollos, ciudadanos de las Antillas —derivados de la temprana decisión española de establecer allí asentamientos de colonos.

Y es precisamente de este sector de la población de donde saldría el primer grupo de novelas que tendrían por tema la realidad del Caribe.

ROBERTA L. SALPER



Interior del Palacio Aldama en La Habana